

gos, monjes, militares y burgeses, hombres y mugeres, grandes y pequeños, ricos y pobres, con la misma ley y condicion que su padre, su hermano y él habian poseido el reino. «Doy tambien, añadia, á la milicia del Templo mi caballo y todas mis armas, y si Dios me diere á mí á Tortosa, sea para el hospital de Jerusalem..... De esta manera todo mi reino, toda mi tierra, cuanto poseo y heredé de mis antecesores y cuanto yo he adquirido y en lo sucesivo con el auxilio de Dios adquiriere y cuanto al presente doy y pudiere dar en adelante, todo sea para el Sepulcro de Cristo y el hospital de los pobres y el templo del Señor, para que lo tengan y posean por tres justas é iguales partes..... con la facultad de dar y quitar, etc. (1).»

Veremos mas adelante las novedades y alteraciones á que dió lugar este famoso y singular testamento.

(1) Archivo de la corona de Aragon, Reg. I. fol. 5.

CAPITULO V.

ALFONSO EL EMPERADOR EN CASTILLA:

RAMIRO EL MONJE EN ARAGON: GARCIA RAMIREZ EN NAVARRA.

De 1126 á 1137.

General aplauso con que fué aclamado Alfonso VII. de Castilla.—Vistas y tratos de su tia doña Teresa.—Sujeta algunos condes rebeldes.—Sus triunfos en Galicia y Portugal.—Ríndensele las plazas ocupadas por los aragoneses.—Pasa á su servicio el emir Safad-Dola.—Gloriosa incursion de Alfonso en Andalucía.—Eleccion de Ramiro el Monje en Aragon, y de Garcia Ramirez en Navarra: sepáranse otra vez estos dos reinos.—Entrada del castellano en Zaragoza.—Ríndenle homenaje los reyes de Aragon y de Navarra. El conde de Barcelona y los de Gascuña en Zaragoza.—Proclámase solemnemente Alfonso VII. emperador de España.—Diferencias entre aragoneses y navarros.—Tratado de Vadoluengo.—Preparativos de rompimiento.—Conducta de don Ramiro el Monje.—Célebre anécdota de la *Campaña de Huesca*.—Abdicacion de don Ramiro.—Desposa á su hija con el conde de Barcelona y le cede el reino.—Cataluña.—Ramon Berenguer III. el Grande.—Sus guerras con los moros.—Ensanches y agregaciones que recibe el condado.—Conquista de las Baleares.—Espedicion del conde á Génova y Pisa.—Sus alianzas con el de Aragon.—Profesa de Templario y muere.—Ramon Berenguer IV.—Establece el orden de Templarios en Cataluña.—Casa con la hija de Ramiro el Monje de Aragon.—Unense Aragon y Cataluña y forman un solo estado.

Ensánchase el ánimo del historiador como debió dilatarse el de los castellanos al pasar del calamitoso

y mísero reinado de doña Urraca, al espléndido y próspero de don Alfonso VII. su hijo. Joven de 21 años cuando murió su madre (1126), educado en la escuela práctica de los infortunios, juguete inocente desde su infancia de las rivalidades de los magnates, de los rudos procedimientos de su padrastro y de la desacordada ligereza de su misma madre, forzado á actuar sin intencion ni voluntad propia en todos los enredos de aquel perpétuo drama, único astro que brillaba puro en medio de las tinieblas de aquel turbio horizonte, destinado por su nacimiento á ocupar el trono castellano, apreciado por las prendas y virtudes que había tenido tantas ocasiones de descubrir en su temprana carrera de vicisitudes y de vaivenes, proclamado años hacía rey en Galicia, monarca nominal primero, compartícipe despues en el reino de Castilla con su madre, y el verdadero soberano de hecho en los últimos años de doña Urraca, fué á los dos dias del fallecimiento de esta solemnemente aclamado y coronado el joven Alfonso rey de Castilla y de Leon en la iglesia catedral de ésta ciudad con universal aplauso y contentamiento. Apresuráronse á reconocerle y rendirle homenaje los condes y señores de Asturias, Leon y Castilla, y habiendo pasado luego á Zamora, donde se hallaba su tia doña Teresa de Portugal, y donde un año antes se había armado caballero su primo don Alfonso Enriquez (tan célebre luego como fundador del reino de Portugal), allí fue-

ron á jurarle obediencia los condes é hidalgos de Estremadura y de Galicia. En un pueblecito de la comarca de Zamora, nombrado Ricobayo, celebraron una entrevista el nuevo monarca castellano y su tia la condesa de Portugal, y estipulóse entre los dos una paz por un determinado período de tiempo.

No le faltaron sin embargo al joven Alfonso algunas chispas y aun llamaradas que apagar, restos del fuego que en los diez y siete años del reinado de su madre había devorado la monarquía. Negáronse á obedecerle algunos condes, ya resistiendo entregarle las fortalezas que poseian, ya alzando bandera de rebelion en Castilla y en las Asturias de Santillana, bien como parciales del rey de Aragon, bien como antiguos favorecidos de doña Urraca, que acostumbrados á las preferencias de la madre, y aun á la especie de soberanía que á la sombra de aquella privanza habían ejercido en el reino, no sufrían tener que someterse como otros cualesquiera súbditos al hijo. Eran los principales entre estos el íntimo válido, y al decir de algunos, oculto esposo de la reina, don Pedro Gonzalez de Lara, y su hermano don Rodrigo Gonzalez. Fué el joven monarca apagando estos parciales incendios, sometiendo los rebeldes, ocupando sus fortalezas, y tranquilizando el reino, usando para con los sediciosos de mas generosidad de la que ellos podían esperar y acaso merecian. Habían logrado los de Lara apoderarse de Palencia á la voz del rey de Aragon

y ayudándolos los caballeros de Burgos y de Castroje-
riz que estaban por el aragonés. Acudió con presteza
don Alfonso, y recobrada la ciudad y cayendo en su
poder los discolos condes, escepto don Rodrigo Gon-
zalez que pudo fugarse á Asturias, hízolos encerrar
en las torres de Leon; mas á poco tiempo, por inter-
cesion de sus parientes púsolos en libertad el magná-
nimo príncipe como quien no témia á tan impotentes
enemigos. Despojado de sus feudos el conde de Lara,
y no pudiendo sufrir la abatida y humilde situacion á
que despues de su pasada grandeza se veia reducido,
allá se fué á buscar al rey de Aragon, y cuando este
príncipe tenia sitiada á Bayona murió de resultas de
heridas recibidas en un desafio con don Alfonso Jor-
dan, el hijo de don Ramon de Tolosa, pariente del
rey. Asi acabó el célebre favorito y amante de la rei-
na doña Urraca, objeto de tantas murmuraciones y
celos en Castilla (1).

Quedaba todavía su hermano don Rodrigo el fu-
gado de Palencia. Mas toda aquella tenacidad hubo
de ceder antela actitud imponente del rey, que entró
devastando á sangre y fuego las tierras y castillos en
que aquel se habia hecho fuerte. El término de esta
expedicion, omitiendo las circunstancias menos impor-
tantes que refieren algunos cronistas, fué que arre-
pentido de su rebeldía el de Lara pidió humildemente

(1) Sandov. Chron. del Emperador Alfonso VII.

perdon á su soberano, jurando que de allí adelante
sería su mas fiel y leal servidor. Correspondió el rey á
su humillacion con tal generosidad, que para tener-
le mas obligado por la gratitud, no solamente le vol-
vió á su gracia, sino que le confió la tenencia de Toledo,
la mas importante de Castilla. Y no le pesó de ello en
verdad, porque el honrado castellano fué despues uno
de los caballeros que hicieron al rey mas útiles servi-
cios y le dieron mas leal ayuda en las guerras contra
los infieles.

Estas contrariedades, y las que por otra parte le
suscitaba el rey de Aragon y dejamos referidas en el
anterior capítulo, no fueron las solas que tuvo que
arrostrar y vencer el jóven monarca de Castilla y de
Leon en los primeros años de su reinado. Sostenien-
do su tia doña Teresa de Portugal con admirable per-
severancia las pretensiones de independencian que no
logró ver realizadas don Enrique su marido, conti-
nuaba en Galicia despues de la concordia de Zamora,
no solo fortificando y guarneciendo sus castillos del
Miño, sino levantando otros nuevos, como quien se
preparaba, y no con mucho disimulo, á resistir la domi-
nacion de su sobrino. Fiaba la de Portugal en el va-
limiento de don Fernando Perez, el hijo del conde de
Trava, antiguo ayo del príncipe, y en los barones y
caballeros portugueses y gallegos con quienes aquel
tenia relaciones de parentesco ó de amistad. Intimas
eran las de doña Teresa y don Fernando, y mas de lo

que al buen nombre y al decoro de una princesa convenia, y que llevadas á términos todavía mas estrechos que las familiaridades que tanto en Castilla se habian murmurado entre doña Urraca y el de Lara, habian de producir no tardando en Portugal disgustos y explosiones mas estruendosas que las que habian conmovido la monarquía castellana. La actitud, pues de doña Teresa movió á Alfonso VII., su sobrino, á ponerse con numeroso ejército sobre Galicia y Portugal. La suerte de las armas favoreció, como era lo natural, al mas poderoso, y vióse doña Teresa obligada á reconocer la supremacía del monarca castellano. Ya en aquel tiempo se habian alzado algunos nobles portugueses contra la privanza del amante de doña Teresa, don Fernando Perez, y en favor del hijo de la condesa, el jóven don Alfonso Raimundez, que acababa de ceñir el cinturón de caballero en la iglesia de San Salvador de Zamora, y á quien su madre habia tenido hasta entonces en vergonzosa oscuridad y apartamiento de los negocios del Estado y sin consideracion alguna en la córte. Hallábanse los parciales del jóven Alfonso en Guimaranes, cuando llegó el ejército de Castilla á poner cerco á la ciudad. Convencidos los sitiados de la debilidad de sus fuerzas, declararon en nombre del jóven Alfonso Enriquez que se consideraba y consideraria en adelante vasallo de la corona leonesa. Un poderoso y honrado hidalgo del pais, llamado Egas Moniz, salió por fiador de aquel

reconocimiento, y confiado en su palabra Alfonso de Castilla, volvióse para Compostela con el arzobispo Gelmirez que le habia acompañado con sus hombres de armas en esta expedicion, y que intervino no poco en aquel ajuste de paz ⁽¹⁾.

Iba de esta manera el nieto de Alfonso VI. allanando dificultades, aquietando su reino y haciendo respetar su nombre. Su matrimonio con doña Berenguela, hija del conde don Ramon Berenguer III. de Barcelona, celebrado en 1128 en Saldaña, fué principio de la amistad que despues tuvo con el conde barcelonés; y la belleza, la dulzura, el talento y las virtudes de esta princesa le dieron pronto un saludable ascendiente en el ánimo de su jóven esposo, que nunca tuvo que arrepentirse de seguir los prudentes consejos de la reina. Esta señora y la hermana del rey doña Sancha, á quien tuvo siempre en su compañía, no menos distinguida é ilustre por su ingenio y altas prendas, eran consultadas por el monarca en los casos mas

(1) Hist. Compost. lib. II. c. 85 — Cuenta la tradicion portuguesa, y juntamente algunas historias, que cuando los sucesos de 1128 (de que nosotros hablaremos mas adelante) pusieron el Portugal en manos de Alfonso Enriquez, y este príncipe y los barones portugueses eludieron la promesa y compromiso de Guimaranes con el rey de Castilla, solo el honrado Egas Moniz sostuvo lo que habia jurado. Y añaden que para dar un testimonio de su lealtad se dirigió, llevando consigo su muger y sus hijos, á la córte del monarca, al cual se presentó con los pies descalzos y una soga al cuello, como quien preferia entregarse á la muerte antes que dejar de cumplir una palabra empeñada. Grandemente irritado estaba Alfonso VII, mas desarmó su ira aquella prueba inaudita de lealtad, y le dejó ir libre, quedando para él en el concepto de un noble caballero. Hercul. Hist. de Portugal, tom. I., p. 288, y not. XII.

difíciles y en los mas árduos negocios del Estado, y guiábanle por lo comun con tino y con madurez, y no sin merecimiento y sin justicia dió y mandó dar á su hermana el título honorario de *reina*, nunca hasta entonces aplicado á las hermanas de los reyes ⁽¹⁾.

La retirada de don Alfonso de Aragon el Batallador á consecuencia de la concordia de Almazan, de que dimos cuenta en el precedente capítulo, desistiendo de sus pretensiones sobre Castilla (1129), fué un suceso feliz que dejó desembarazado al castellano para atender á las cosas del gobierno interior de su reino, como lo hizo ya en las córtes ó concilio de Palencia celebrado aquel mismo año, y para poderse dedicar á guerrear contra los infieles, siguiendo en esto las huellas de su ilustre abuelo. Inquietábale no obstante ver la fortaleza de Castrojeriz ocupada todavía por algunos pertinaces aragoneses, y no descansó hasta ponerle tan apretado cerco que forzó á sus defensores á rendírsele (1130). Era ya grande con esto el respeto que á los sarracenos inspiraba el nombre de Alfonso VII. de Castilla: y como en aquel tiempo hubiese muerto el antiguo emir de Zaragoza Abdelmelek Amad-Dola en su fortaleza de Rota'l-Yehud, último asilo en su desgracia, su hijo Abu Giafar Ahmed, apellidado Safad-Dola, cansado del humillante

(1) Luc. Tudens. Chron. página 103.—Chron. Adef. Imperat.—Bofar, Condes de Barcelona.— Sandoval equivoca la fecha del matrimonio de Alfonso VII. con muchas otras.

protectorado del rey de Aragon en que vivia, y temiendo el disgusto con que sus propios súbditos llevaban su alianza con un rey cristiano, tomó la resolucion de reconocerse vasallo del rey de Castilla, cediéndole á Rota 'l-Yehud con otras plazas fuertes de su ya reducido emirato. Recibióle benévolamente el monarca leonés, y agradecido al servicio que en esto le hacia, dióle á su vez varios señoríos en Castilla y Leon, desapareciendo de este modo los últimos restos del célebre emirato de los Beni-Hud de Zaragoza (1132), de aquellos belicosos príncipes que tanto y tan heroicamente habian luchado con los reyes cristianos de Aragon ⁽¹⁾.

Los cristianos de Toledo y los musulmanes de Andalucía se hostilizaban mutuamente haciendo repetidas irrupciones en sus respectivos territorios. Tachfin ben Alí era el general que sostenia la guerra en España á nombre de su padre el emperador de los Almoravides. Alfonso VII. desplegó en la guerra contra los infieles igual energía á la que habia mostrado para la pacificacion interior del reino. Una noche se vieron los moros tan de improviso atacados en su campo y con tal ímpetu y bravura, que por confesion de los mismos historiadores árabes «muy pocos Almoravides escaparon de su vengadora espada.» El esfor-

(1) Conde, part. III. c. 33.— El obispo Sandoval comete varias inexactitudes al dar cuenta de este suceso, y supone muy erradamente que Rota 'l-Yehud, ó Rota de los Judios, que pertenecia á Aragon, era una Rueda que dice esta «á la entrada de Andalucía.»

zado Tachfin se mantuvo con unos pocos sufriendo con admirable constancia las mas peligrosas arremetidas de la caballería castellana, hasta que él mismo herido en una pierna, de que quedó ya imperfecto siempre, dió gracias de poder escapar con vida. El faquí Zakarya, su alcañib, escribió con ocasion de esta batalla una cáñida de elegantes versos en que le consolaba de su derrota, describía lo horroroso del combate y le daba oportunos avisos y consèjos militares (1).

Orgullosa con este triunfo el de Castilla, juntó á las márgenes del Tajo un numeroso ejército y resolvió hacer una atrevida invasion en Andalucía, á semejanza de la que ocho años antes habia hecho su padrastro el rey de Aragon. Su nuevo vasallo el árabe Safad-Dola se ofreció á servirle de guía en su marcha. Dividió el rey su ejército en dos cuerpos para proveerse con mas facilidad de subsistencias; á la cabeza de uno marchaba él mismo; guiaban el otro el ex-emir

(1) He aqui algunos de los versos con que el poeta pinta lo recio de aquella batalla:

Trábase nueva lid, espesos golpes
Se multiplican, recio martilleo
Estremece la tierra, y con las lanzas
Cortas se embisten, las espadas hieren,
Y hacen saltar las aceradas piezas
De los armados, y al sangriento lago
Entran como si fuesen los guerreros
Camellos que la ardiente sed agita,
Cual si esperasen abrevarse en sangre
Que á borbollones las heridas brotan,
Fuentes abiertas con las crudas lanzas...

Trad. de Conde, part. III. c. 32.

Safad-Dola y aquel don Rodrigo Gonzalez de Lara, el antiguo rebelde de Leon, Palencia y Asturias, que tal era la confianza que le inspiraban y la fidelidad con que le servian el musulman recién allegado y el cristiano antes enemigo. Por dos distintos puntos atravesaron la sierra, y juntáronse allá en el suelo andalúz donde los mantenimientos abundaban.

«Era la estacion de la siega, dice la crónica de don Alfonso, y el rey mandó incendiar las mieses, las viñas, los olivares y las higueras. Consternó el terror á los *Morabitas* (los Almoravides) y á los *hijos de Agar* (los musulmanes andaluces). Abandonaban los infieles las plazas que no podian defender, y se retiraban á los castillos fuertes, á las cuevas de los montes y á las islas del mar. Plantó el ejército cristiano sus tiendas cerca de Sevilla, quemando los pueblos y fortalezas abandonadas: llenaron su campamento de cautivos, de ganado, de aceite y de trigo. El fuego devoraba las mezquitas con sus impíos libros, y los doctores de su ley eran pasados al filo de la espada. De allí pasó el rey á Jerez, que destruyó, y avanzó hasta Cádiz. A vista de esto los príncipes andaluces enviaron á decir secretamente al emir Safad-Dola: «Habla al rey de los cristianos para que nos libre de los Almoravides; y le serviremos contigo, y reinarás sobre nosotros tú y tus hijos.» Safad-Dola, despues de haber consultado con el rey, les respondió: «Andad y decid á mis hermanos los príncipes de Andalucía que

se apoderen de todas las plazas fuertes, y hagan la guerra á los Almoravides, y el rey de Leon y yo vendremos á socorremos.» Pero el rey determinó retroceder en seguida, que no era para contarse todavía seguro en aquellas tierras, y regresó sin descalabro á la comarca de Toledo ⁽¹⁾.

Después de esta famosa algará tuvo el rey que sofocar algunas alteraciones y revueltas que habían movido en Asturias los condes don Gonzalo Pelaez y don Rodrigo Gomez, que al fin tuvieron que darse á partido, contribuyendo no poco á la feliz terminación de estas sublevaciones los consejos que don Alfonso seguía recibiendo, así de su esposa doña Berenguela como de su hermana doña Sancha (1133). Y eso que no se mostró el rey el más celoso guardador de la fidelidad conyugal, pues en una de estas expediciones á Asturias aficionóse á una dama llamada Gontroda, hija del conde don Pedro Diaz, «y húbola (dice el obispo cronista) en su poder, y de ella una hija que se llamó doña Urraca, y dió para que la criase á su hermana la infanta doña Sancha ⁽²⁾.»

En tal estado se hallaban las cosas de Castilla en 1134 cuando acaeció la muerte de don Alfonso el

(1) Cron. de Alfonso VII.— Conde no habla de esta expedición. Algunos la confunden con la de Alfonso el Batallador, aun siendo tan distintos los puntos á que se dirigieron. Según Sandoval, el conde castellano que man-

daba el segundo cuerpo no era don Rodrigo Gonzalez el de Lara, sino don Rodrigo Martinez Osorio.

(2) La misma que veremos después casarse con el rey de Navarra don García Ramirez.

Batallador en los campos de Fraga, que vino á ocasionar grandes mudanzas en todos los reinos cristianos españoles, y á acrecentar el poder del monarca y de la monarquía castellana. Tan luego como se supo el fallecimiento, juntáronse aragoneses y navarros en Borja, donde celebraron córtes, á que asistieron ya no solo los ricos-hombres y caballeros, sino tambien procuradores de las Ciudades y villas, ó sea de las *universidades*, como allí se denominaban (primer caso en que hallamos mencionada la asistencia del brazo popular á las córtes del reino), para tratar de la elección de sucesor, sin tener en cuenta para nada el testamento de don Alfonso en que legaba el reino á las tres órdenes religiosas del Templo, del Sepulcro y de San Juan de Jerusalem; que ni siquiera se cuestionó entre los aragoneses ni les ocurrió poner en tela de duda la ilegalidad de tan extravagante testamento. Tenia gran partido entre ellos un rico-hombre nombrado don Pedro de Atarés, señor de Borja, á quien algunos hacen biznieto, aunque bastardo, de Ramiro I.: mas dos caballeros aragoneses que conocian bien ciertos vicios de su carácter, y á quien tachaban principalmente de arrogante y presuntuoso, tuvieron bastante persuasiva para torcer las voluntades de los unos y bastante maña para agriar é indisponer con él á los otros, y ya no se pensó mas en don Pedro de Atarés. Fijáronse entonces los aragoneses en don Ramiro, hermano del Batallador, monje del monasterio

de Saint Pons de Thomieres, cerca de Narbona. Parecióles á los navarros desacordada proposicion la de elegir para rey á un monje, y asi por esto como por aprovechar la ocasion de recobrar su independenciam y darse otra vez un rey propio, acordaron retirarse á Pamplona, y alli por sí y sin contar con los de Aragon alzaron por rey de Navarra á don García Ramirez, hijo del infante don Ramiro el que casó con la hija del Cid, y nieto de don Sancho, aquel á quien mató en Roda su hermano don Ramon. De esta manera volvieron á separarse Aragon y Navarra despues de haber formado por cerca de medio siglo un mismo reino.

Con esto los aragoneses resolvieron definitivamente en las córtes de Monzon colocar la corona de su reino en las sienes del monje Ramiro, y obtenida del pontífice la doble dispensa de la profesion monástica y del sacerdocio, el buen monje no tuvo reparo en trocar el sayal y el báculo por el cetro y la diadema, y en prestarse á añadir el sacramento del matrimonio al del órden, casándose, á pesar de los cuarenta años de hábito, con doña Inés, hija de los condes de Poitiers y hermana del duque de Aquitania. En octubre de aquel año (1134) se hallaba el monje-rey ejerciendo la potestad real en Barbastro (4).

(4) Mariana y otros autores dicen haberle concedido la dispensa el papa Inocencio II. Sabau, siguiendo á Ferreras, afirma haberlo hecho el antipapa Anacleto. Mariana, Zurita y Traggia, con el historiador de San Juan de la Peña, suponen que don Ramiro habia sido abad de Sabagun y despues obispo electo de Burgos, de Pamplona, de Roda y Barbastro. Hay quien le niega el órden sa-

Mas el de Castilla que aspiraba á alzarse con una buena parte de la herencia del de Aragon, alegando el derecho que á ello tenia como biznieto de Sancho el Mayor de Navarra, que se habia ido apoderando ya de Nájera y de las plazas de la Rioja que habian poseido los monarcas castellanos sus mayores, con pretesto tambien de socorrer á Zaragoza contra los ataques de los Almoravides, iban acercándose á esta ciudad con poderoso ejército. Ni el de Aragon ni el de Navarra contaban con fuerzas para resistirle, ni tal era su intencion tampoco; antes bien conveniales á uno y á otro ganar la amistad del castellano, temiendo cada cual por su parte la guerra que la separacion de Navarra amenazaba producir entre navarros y aragoneses. Asi no solamente entró Alfonso VII. sin resistencia en Zaragoza, donde se hallaba el rey monje en el mes de diciembre, sino que este le cedió la ciudad de Zaragoza con toda la parte del reino de Aragon de este lado del Ebro, reconociéndose feudatario del de Castilla y rindiéndole pleito-homenaje. Confirmó don Alfonso como rey á las iglesias de Zaragoza los privilegios que les habia otorgado el Batallador, y don Ramiro se retiró á Huesca contentándose con titularse rey de Aragon, de Sobrarbe y Ribagorza, y suponiendo en los documentos vasallo suyo

cerdotal. Véase á Traggia, Memorias de la Academia de la Historia, tom. III. el cual niega lo de las córtes de Borja y de Monzon, tan admitido por todos los historiadores.